

DIEZ Y SEIS PAGINAS

20 céntimos

JACINTO BENAVENTE

Rompió moldes y cadenas
y supo modernizarnos
en obras de audacia llenas;
nos dió las grandes escenas,
¡y las que tiene que darnos!

DIPLOMA DE HONOR

**y veinte recompensas más
por la fabricación en
muebles para alcobas,
comedores, despachos, salas,
gabinetes y colgaduras.**

CONSTRUCCIÓN SÓLIDA Y PRECIOS

VENTAJOSOS POR SER FABRICANTE

PLAZA DE CELENQUE, 1

Esquina á Arrenal (antes Alcalá, 17)

EXPORTACION Á PROVINCIAS

A. VALLEJO



Madrid Cómico

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Oficinas: Preciados, 17, entresuelo.

DE TODO UN POCO



BUEN camelo nos ha dado la solemne entrada de la primavera!

No ha podido expresar más elocuentemente su contrariedad ante su inoportuna proclamación.

Si; la primavera, que está, y con razón, muy escamada de los abusos que con ella han cometido los poetas, este año se ha mostrado, hasta ahora, un poco retraída.

Y dejando en ridículo al propio Zaragozano y al vicario de Zarauz, que son los que están siempre de guardia en el servicio de pequeños y desairados pronósticos, nos mandó un frío más que regular el mismísimo día de su coronación.

La primavera este año va encasillada por Canalejas y promete ser una estación completamente ministerial.

Trae además, como de costumbre, la renovación de los espectáculos.

Hoy, sábado de gloria, resurrección de títeres; mañana corrida de inauguración y opereta del reino y extranjera.

Pero el circo, sobre todo el circo, colma mis ilusiones.

Yo no creo, como dice un cronista amigo, que la gente de circo sea *sumamente seria, ni que no se permitan bromas ni frases molestas entre ellos*; al contrario, he presenciado muy divertidas escenas íntimas, y hasta he visto cómo un hércules, en broma por supuesto, consentía que un excéntrico musical le diera puñetazos en el ombligo.

A mí lo que más me atrae del espectáculo *fashionable*, que diría el veterano William Parish, son las familias acrobáticas.

Las familias, las más de las veces, no son tales familias; cada individuo procede de donde ha caído buenamente; pero ante el problema del miserable garbanzo, que ¡ay! es moralmente internacional, se asocian y allá van por esas pistas con el título de *Hermanos Furciates*, por ejemplo.

Y verán ustedes lo que hacen todos estos hermanos acrobáticos con más ó menos éxito, según sus fuerzas.

Después de una airosa pirueta que ejecuta la familia en pleno, á modo de presentación, los que hacen de padre y madre respectivamente, se frotan las manos con resina para que no les falle un enchufe. Se colocan en el centro del tapiz, el tapiz es absolutamente necesario, en jacarandosa postura, como diciendo ¡vaya calor!, y se pasan con cierta coquetería el pañuelo de mano á mano.

Hacen una señal al que hace las veces de hijo predilecto, éste se frota las manos como sus papás, y acude solícito á los brazos animosos de la que le dió el sér, ó pudo dárselo, y la buena señora lo despide con violencia, arrojando la preciosa carga sobre los hombros del padre, que al sentir el golpe filial se rehace y se cuadra lo mismo que un quinto.

En tanto aguanta el padre al primogénito, el hermano que le sigue, para que no le tachen de holgazán, se entretiene en dar volteretas sobre la alfombra, hasta que la madre cae en la cuenta de tan desesperada labor y lo reclama sobre su seno.

El muchacho desciende como un aeroplano, cayendo sobre el juego delantero de la sufrida señora.

Los dos hermanos saltan y cruzan de unos hombros á otros, hasta que se cansan y caen en la cuenta de que el más pequeño, un chiquitín de 6 años, no se ha estrenado todavía, y entonces le cogen, y hacen herejías con la pobre criatura.

La madre se lo tira al padre, éste al mayor, el mayor al mediano, como si fuera una pelota, mientras que la orquesta aco-

mete con furia un galop, que da una ligera idea del vértigo acrobático.

Cesa la orquesta unos segundos y el ánimo de los espectadores queda en situación expectante.

Se prepara algo sensacional.

Efectivamente, la familia acrobática se dispone á hacer la última brutalidad.

El padre coge al niño de 6 años, lo tira al aire como si lo lanzara con una honda, y lo recoge después de pie, llevándole en la mano, lo mismo que á una palmatoria.

Aplausos delirantes de la concurrencia.

Mutis de la familia, que hace como que se va y vuelve á la pista para dar varios saltos, unos mortales y otros veniales, en acción de gracias, retirándose perseguida por la orquesta, que sólo cesa cuando se convence de que la *troupe* ya no ha de salir más.

¡Oh, es un espectáculo encantador!

Luis GABALDÓN

Concursos de "MADRID CÓMICO"

El próximo día 31 expira el plazo de admisión de artículos festivos para nuestro concurso, abierto, según anunciamos ya, con sujeción á las siguientes bases, que por última vez reproducimos:

Primera. Los artículos deberán ser festivos, con asunto de libre elección, pero ajeno completamente á la política.

Segunda. Tendrán la extensión equivalente á columna y media de nuestro periódico.

Tercera. Los originales llevarán al pie la firma y dirección de sus autores. Nada de lemas ni pseudónimos.

Cuarta. Un jurado compuesto de tres distinguidos literatos, cuyos nombres reservamos por ahora, dictaminará respecto del mérito de los trabajos remitidos, en el sentido únicamente de si merecen ó no ser publicados.

Quinta. Insertaremos los que á juicio del jurado sean publicables, é irán apareciendo en las columnas de MADRID CÓMICO con arreglo á un turno que estableceremos por las fechas de remisión y con el encabezamiento: *De nuestro concurso.*

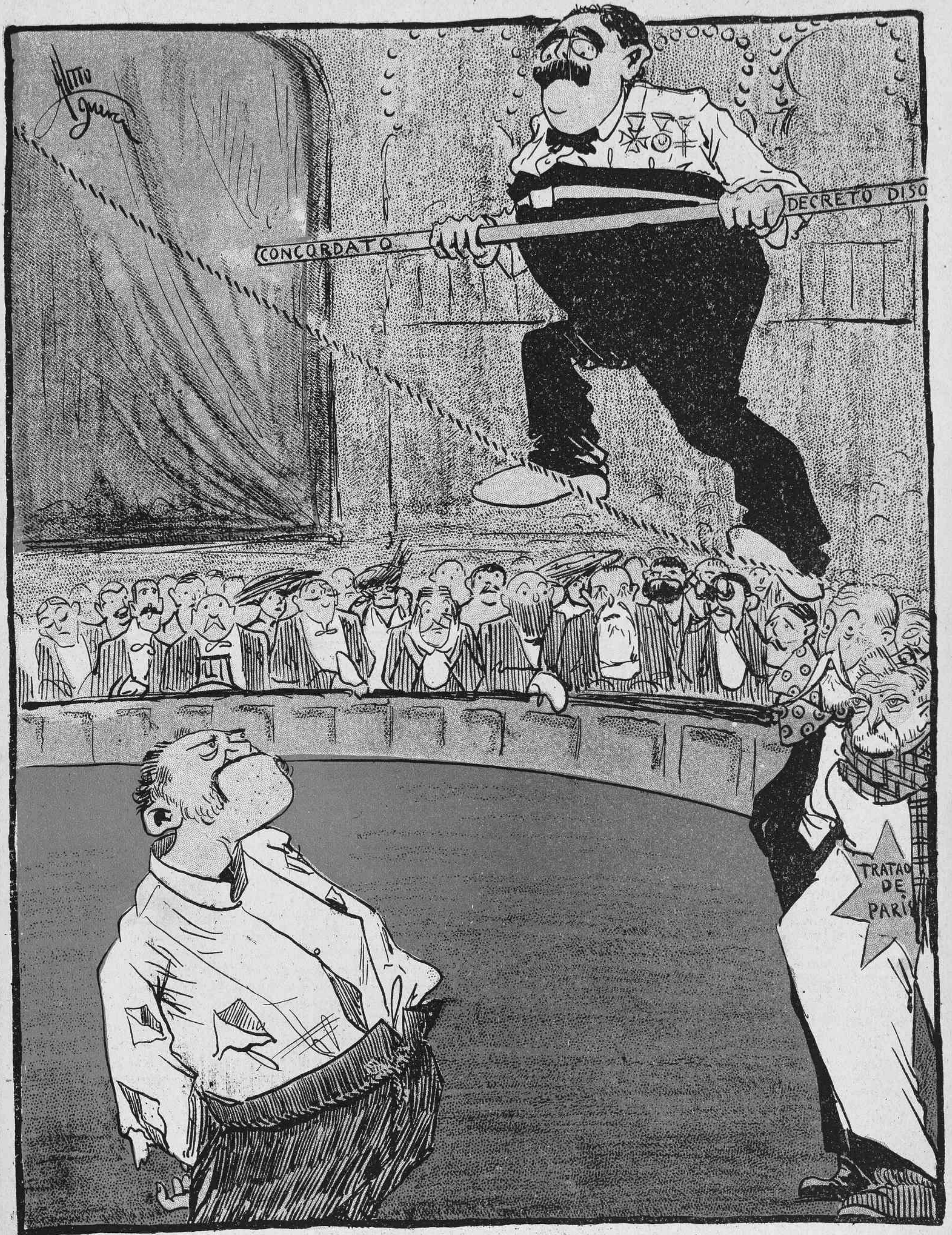
Sexta. Quedará cerrado dicho concurso el día 31 de este mes, y una vez insertados todos los artículos de recibo, el sufragio de nuestros lectores decidirá por mayoría á quién habrá que adjudicar el premio de **cien pesetas** que ofrece MADRID CÓMICO.

Séptima. Para la emisión del voto, daremos el oportuno cupón cuando sea llegado el momento de ello.

Octava y última. No se devuelven los originales.

En el próximo número haremos públicos los títulos de los trabajos recibidos para este concurso.

ATRACCIÓN INTERNACIONAL, por Almoguera



Mister Pepé en sus arriesgados equilibrios sobre el alambre tirante, pero muy tirante...

Aleluyas de Ben-Muaza y de su gente pel-maza.

Dibujos de Montagud



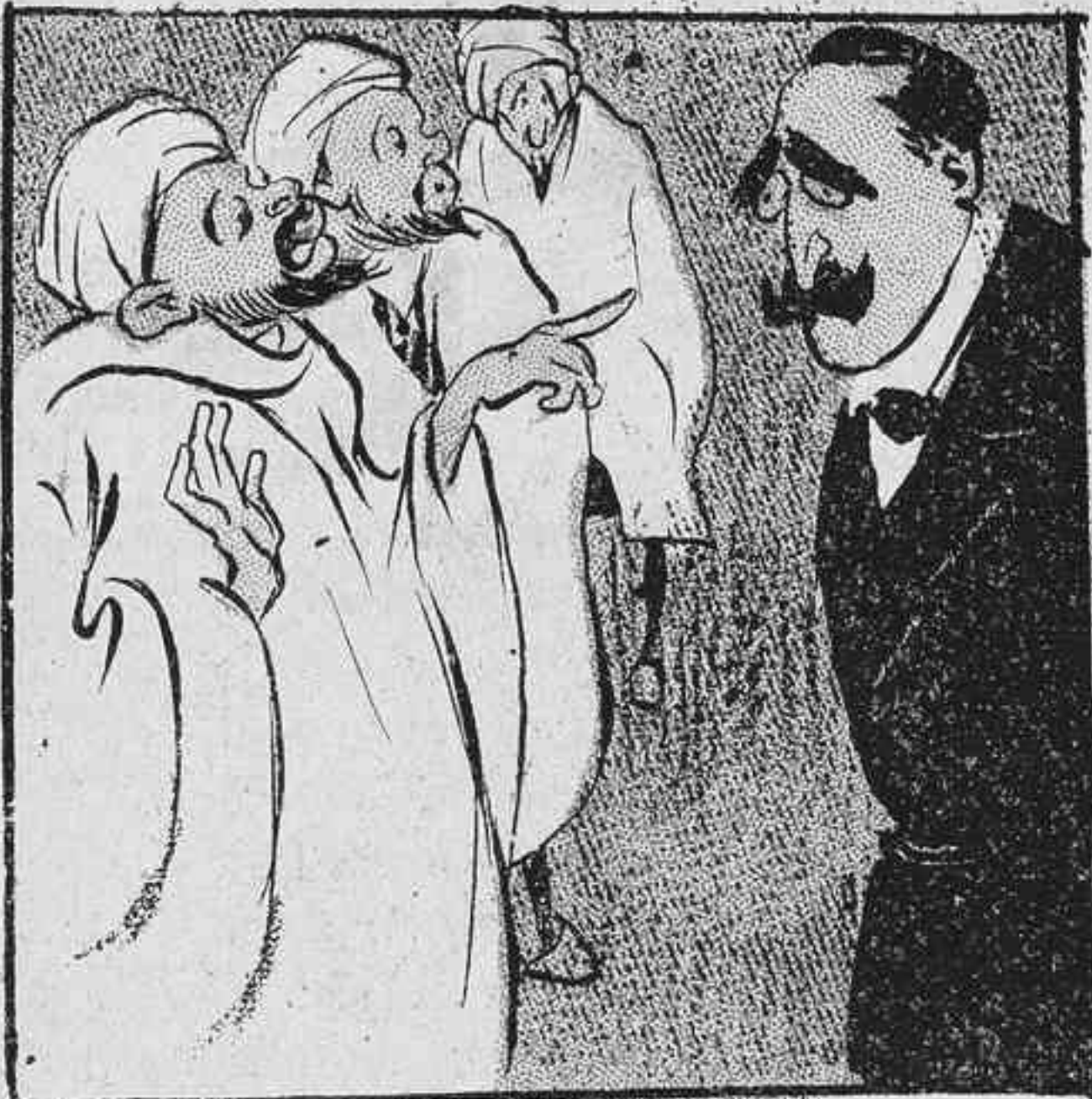
Con pretexto de una nota
llegan en edad remota.



Los recibe don Antonio
con un humor del demonio,



Negociando lentamente
dan con otro presidente.



Viene después Canalejas
y se asombran de sus cejas.



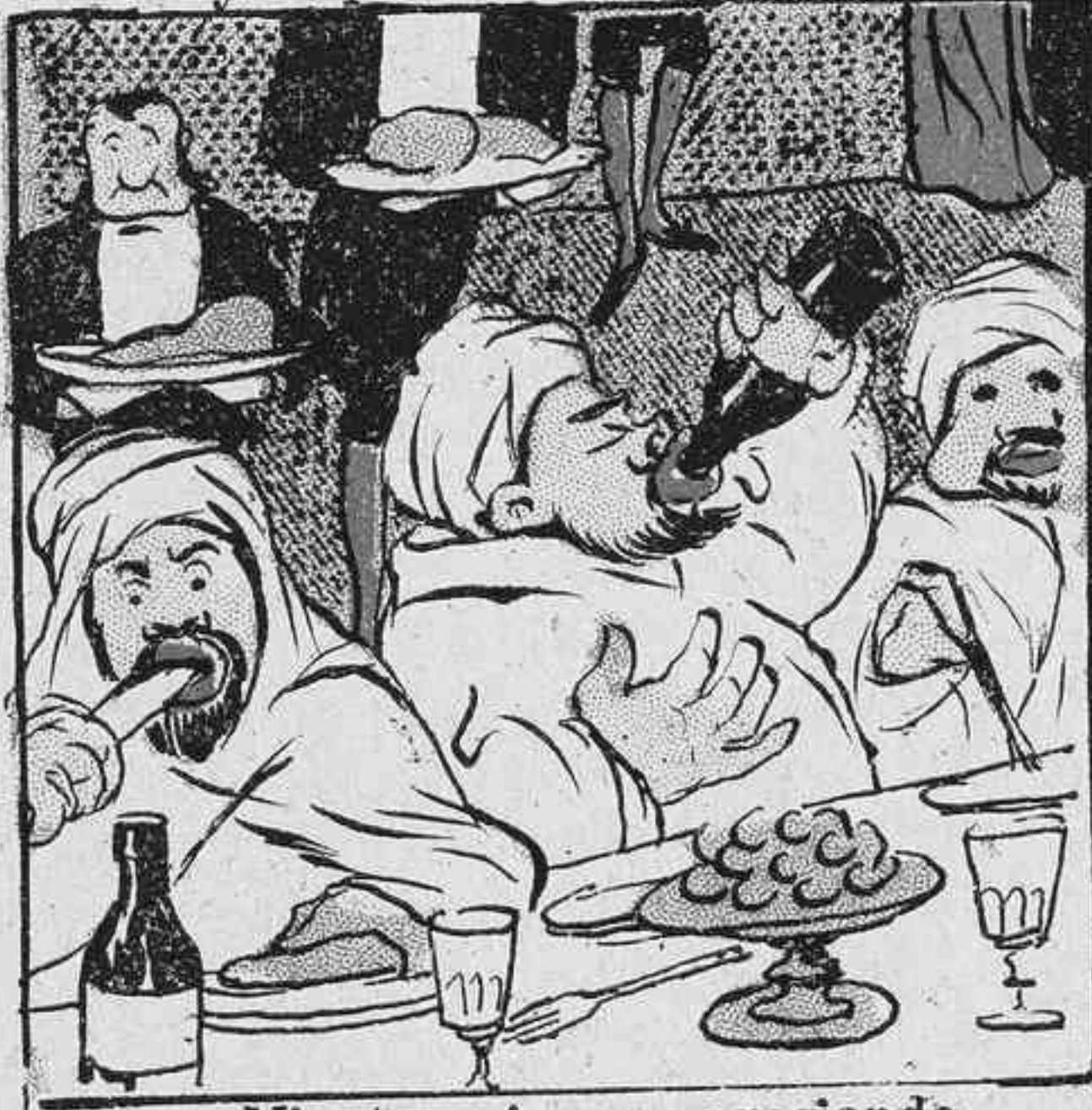
Les dice: vamos a hablar,
y se quedan a almorzar.



Pide al final la Embajada
café con media tostada.



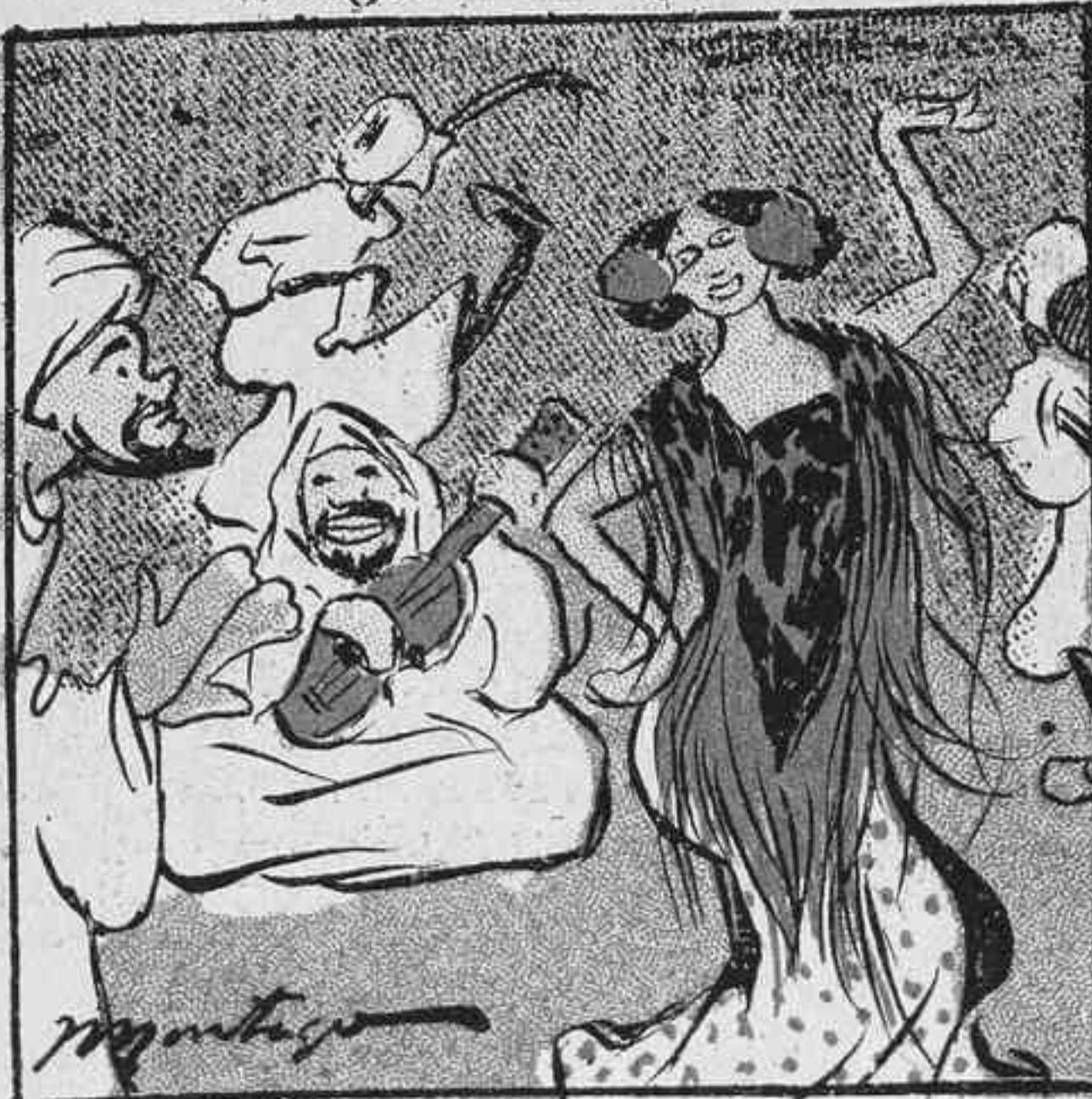
Para que sea feliz
le regalan un tapiz.



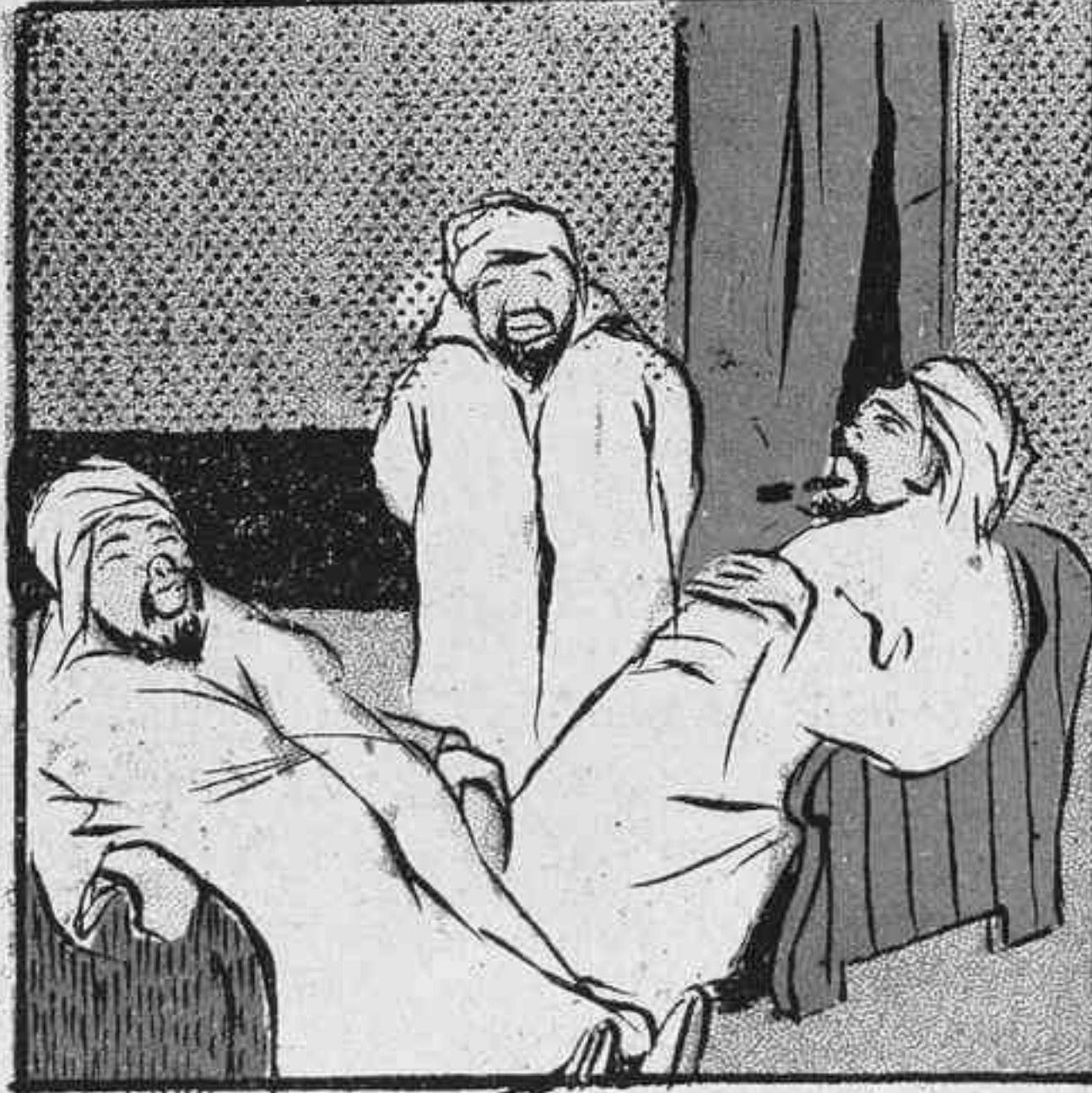
Mientras siguen negociando
los moros siguen tragando



Sus tres carneros por día;
¡Alá, Jesús y María!



Estos hijos del Profeta
viven en juerga completa.



Nada les queda que ver...
ni tampoco qué comer.



Fin de las negociaciones
de la nota... ¡Tres millones!



TRIBUNA LIBRE

DEL CIRCO LILIPUTIENSE

No sé si conté á usted que entre las cartas que recibo de pústulantes, pústulantas, pústulosos y pústulosas, una dice:

«Aquí en Madrid no me atrevería á vender flores, ó así, ni á ponerme de camarera. En París, sí. Nadie me conoce. Mis señas son regulares. Cuando salgo á la calle todos se me quedan mirando y me echan muchas flores; pero ya sabe usted que aquí hay muchos desocupados; así que no se puede una guiar para concretar. Usted está en ese país como si fuera aquí, y sabe usted qué es lo que yo podría hacer en París (*¡no lo he de saber! Lo mismo que en Madrid*). Yo le ruego que me proteja y me ayude á vivir en París (*¡Apenas!*). Contésteme si en principio lo quiere usted hacer conmigo (*¡Señora!...*); sé que es usted un caballero (*ya, ya...*).»

Esta epístola me recuerda la que me escribió, estando yo en Madrid, una distinguida frutera de la calle Mayor:

...Quisiera pedirle Enfavor tenga compasion de mi sincillez que bastante asido tenga husterz la fineca depersona decente porque Estoiembaracada de tres meses Reconocida por tres médicos; y concluíá así:

¡uEgomimadre meayudare á criarlo que sea y si hosté lo quiere criar por su cuenta tambien selo cedo.

Parecidas gangas son las que proponen algunos de los señoritos que aprovecharon los sucesos de Barcelona para venir á París, dándose tono de emigrados.

—Yo no sé lo que va á ser esto, decíame, todo compungido, un compatriota, que vive de trabajar. La irrupción de sablistas que vienen de Madrid y Barcelona toma proporciones alarmantes; y si ya no se puede salir á la calle, tampoco se puede permanecer en casa por el tilín tilín de la campanilla.

Todos son vivos, y por tal se tienen, y han venido á dársela con queso á cualquiera, con negocios y empresas como puestos de agua, aguardiente y azucarillos en los Campos Eliseos; horchaterías en los grandes bulevares; churrerías en los bulevares exteriores, todo combinado con una gitanería de buten y música de Quinto. Media hampa española se ha trasladado á París. Los suburbios están llenos de muñones terrosos y de ojos que chorean aceite y vinagre, y á la entrada, por la calle Saint-Lazare, del Metropolitano—donde unos gitanos soltaron el otro día un conejo—hay una boca monstruosa que pide limosna entre harapos hediondos, de donde surge un lastimoso rasgueo de guitarra...

¿Por qué no nos ocupamos de estas tristezas, que tanto daño hacen á España en el Extranjero, en vez de ocuparnos de tiquismiquis que á nadie interesan?

Otra de nuestras malas costumbres periodísticas—que sólo se usan ya en pueblos de tres ó cuatro mil almas, más ó menos de cántaro—es la publicación de intimidades que á lo sumo pueden interesar á las familias de los redactores del periódico; por ejemplo: que la señora de tal redactor dió á luz un robusto niño; que la criatura fué bautizada en las Calatravas; que á los pocos días hubo que operarla de una apendicitis, etc., cosas que tienen sin cuidado al público, quien paga para que le enteren de los acontecimientos importantes del mundo.

El abuso de los aniversarios es un horror. Periódicamente tenemos que someternos á leer que hoy hace veintisiete años murió la virtuosa señora que fué madre de nuestro eximio director. Cada quisqui se sirve del periódico como de funda de mal

género en cópula con sus egolatrias, y la actualidad periodística no parece por ninguna parte.

Vea usted este suelto que acabo de leer en *A B C*:

«Á la avanzada edad de 93 años ha fallecido en Jerez de la Frontera la respetable señora D.^a Cristina Aranda, viuda de Álvarez, abuela política de nuestro querido amigo y compañero D. Salvador Canals, á quien, como á su distinguida esposa, enviamos nuestro más sentido pésame.»

Yo no quiero mal á D. Salvador Canals, tanto más cuanto que ahora le llaman indocumentado y le están negando la calidad de español, tal vez en castigo de que él me la negó, en *El Nacional*, porque yo pedía la autonomía de Cuba, como única salvación de España en su desastre colonial, y entonces el señor Canals pedía... que me expulsasen de la Prensa española.

Pero el no querer mal á D. Salvador no me ha de impedir decirle que, por muy bien informado que esté de suyo, el *A B C* no hubiese sabido el fallecimiento de la respetable señora D.^a Cristina Aranda, á la edad de 93 años, y en las apartadas regiones de Jerez de la Frontera, si el mismo D. Salvador no se lo hubiera contado, y que yo me resisto á creer que el Sr. Canals está transido de dolor porque se le ha muerto la abuela política á los 93 años de edad.

¡Qué demonio! Todos hemos tenido abuelas políticas, y maldito lo que nos ha importado su fallecimiento. Digo más, con franqueza, y es que, por lo general, cuando á uno se le muere la abuela política, se siente como aliviado de un estorbo. Sólo se está más alegre cuando se le muere á uno—ó á dos—la tatarabuela política. De todos modos, y aunque en este caso la catástrofe no pasó de la abuela, creo que *A B C*, en vez de enviar el rutinario pésame á Canals, debió enviarle la enhorabuena...

Es que somos rutinarios de veras. Maura y La Cierva fusilaron á Clemente García, porque este adolescente lavó con una esponja la cara de una momia, que se calcula fué monja. Pues en otros tiempos se pagaba por tales limpiezas. En un periódico americano encuentro, reproducida, una cuenta, en florines y sueldos, que someto á la atención de los Ciervas y Mauras.

Florines
y
sueños.

1. Lavar la cara á Poncio Pilatos y ponerle una cinta nueva en el turbante.....	8,18
2. Clavar el buen ladrón en la cruz y cambiarle un dedo.....	1,17
3. Poner una cola nueva al gallo de San Pedro y arreglarle la cresta.....	2,03
4. Componer y dorar el ala izquierda del ángel Gabriel.....	14,18
5. Lavar la cara á la sirvienta de Caifás y ponerle colorete en las mejillas...	5,12
6. Renovar el cielo, añadirle dos estrellas, limpiar la luna y dorar el sol...	7,14
7. Reavivar las llamas del purgatorio y restaurar algunas ánimas.....	7,06
8. Zurcir el vestido de Herodes, cambiarle dos dientes y arreglar la peluca.....	2,02

Suma y sigue..... 46,90



	Florines y sueldos.
<i>Sama anterior</i>	46,90
9. Reavivar el fuego del infierno, cambiar la cola del demonio, enderezarle el cuerno izquierdo y hacer varias cosas á los condenados.....	4,10
10. Limpiar las orejas al asno de Balaam y herrarlo.....	3,07
11. Apedazar la camisa del hijo pródigo, lavar los puercos y poner agua en los abrevaderos.....	3,04
12. Poner una asa nueva al cántaro de la Samaritana.....	1,05
TOTAL	58,16

Dicen las crónicas de aquel tiempo que el monasterio celebró mucho la cuenta cuando le fué presentada por el pintor decorador Benito Tronillos. Y eso que Poncio Pilatos, el gallo de San Pedro, el ángel Gabriel, la criada de Caifás, Herodes y hasta el asno de Balaam, son más personajes, históricamente considerados, que la anónima momia de Barcelona.

Luis BONAFoux

CARTA ABIERTA

A los redactores de MADRID CÚMICO.

Alternar con vosotros solicito y hoy gustoso estos versos os remito que en vuestro nombre me pidió *Juan Rana*. He visto con placer extraordinario que volvéis á la vida á un semanario recuerdo alegre de época lejana. De aquella edad dichosa que Fiacro recordaba el otro día; de aquella reunión, siempre animosa; de aquella redacción en que no había más que amistad, cariño y alegría... ¡Cuántos faltan de aquellos compañeros tan buenos, tan leales, tan sinceros! Estremera, el poeta y fabulista, hombre de corazón y alma de artista; Bustillo, el atildado; Angel Chaves, cultísimo cronista; Ansorena, el poeta delicado; Matoses, el agudo periodista; el nunca bien llorado Luis Taboada, el escritor festivo más popular y más inofensivo, y el gran *Clarín*, maestro de escritores y el crítico mejor de los mejores...

¡Cerca ya de seis lustros van pasados!
¡Veintisiete años justos, bien contados!
Todos ¡ay!, aunque no lo presumimos,
ni sombra somos ya de lo que fuimos.
Yo era entonces un joven autorzuelo,
y hoy estoy casi para ser abuelo.
Aquella hermosa, encantadora Emilia,
Mi vecina, adorable,
es hoy una señora respetable
cargada de familia.
Aquella modistilla soñadora,
espiritual y esbelta—admiradora,
según ella decía, de *Clarín*—,
es hoy ¡quién lo dijera!
una pingüe y ventruda pupilera
que cede un gabinete *con ó sin*.
Y aquellos cariñosos estudiantes,
que eran nuestros lectores más constantes,
volaron todos con destino cierto,

y hoy serán, de seguro — si no han muerto —, médicos de partido, boticarios, jueces, registradores y notarios...
A todos ellos mi saludo envío,
y ellos, si de estos versos son lectores,
sentirán un placer igual al mío
recordando también tiempos mejores
en que turnaban libros y placeres
y tanto nos gustaban las mujeres!...
(Á mi me gustan todavía; pero...
Dejemos este punto en el tintero.)

¿Alguien sospecha acaso que ha sido nuestro paso por la literatura, como estrella errante que no deja luz, ni huella? Pues está, quien tal piense, equivocado. Tenía el MADRID CÚMICO que hicimos una importancia que jamás creímos. Pues, con asombro nuestro, no ha faltado quien afirmara luego — ¡qué ocurrencia! — en no sé qué folleto ó conferencia, que por nuestros romances y quintillas ¡perdió la pobre España sus Antillas!...
.....
¡Ay, de vosotros, Bonafoux, Ocón, López Marín, Juan Rana y Gabaldón, si alguna vez los picaros rifeños un disgusto nos dan, y vuelven á ser dueños de Nador, de Mar Chica y de Zeluán! No faltará, supongo, algún niño bitongo, que afirme en un folleto, con frescura, que de aquella derrota ó desventura, no ha de ser el Gobierno responsable, ¡pues sólo el MADRID CÚMICO es culpable! Tamaña afirmación, por de contado, os tendría, de fijo, sin cuidado. Si un escritor audaz, ó tontiloco, para alcanzar notoriedad se excede, hay que dejarle desfogarse un poco. Ya se sabe después lo que sucede. Pluma que algunos consideran dardo, pues tales juicios con pasión aborta, resulta al fin... la espada de Bernardo, que ni pincha, ni corta.

Y basta ya... ¡Que lleven suscripciones y no tengáis disgustos, ni cuestiones!
¡Que juntos celebréis el centenario de vuestro chispeante semanario!
Esto tan solo mi amistad desea.
Unos cien años, ¡y que yo lo vea!
Ya sabéis que os quiere y os abraza,
vuestro amigo de siempre

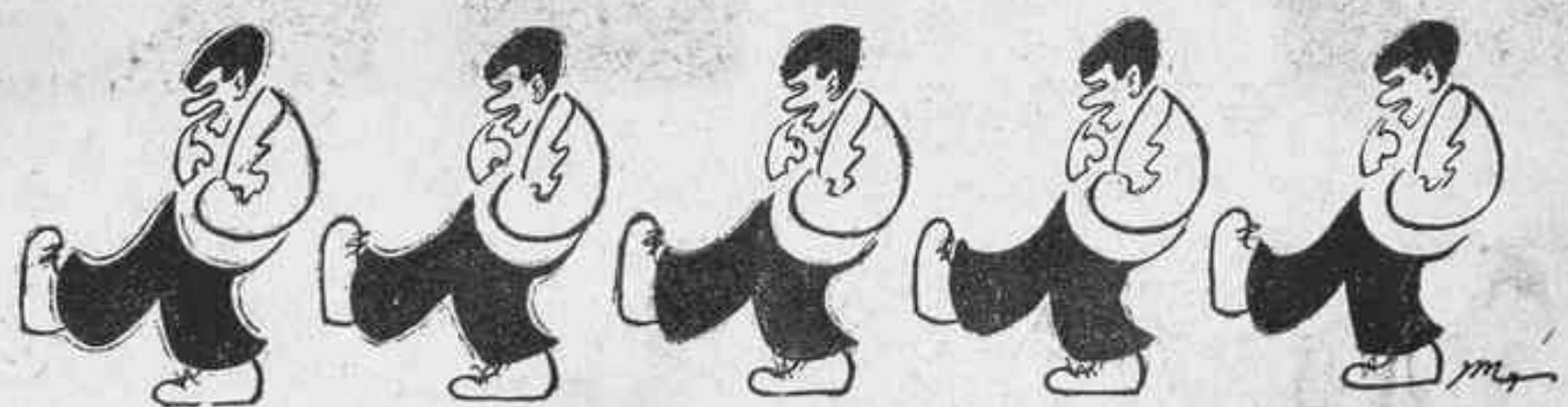
Vital AZA.

CANTARES

Ese perro está *aburrío*,
que lleva el hocico al suelo
y lleva el rabo *caío*.

Eres como los olivos,
que para que den la fruta
hay que andar á palo limpio.

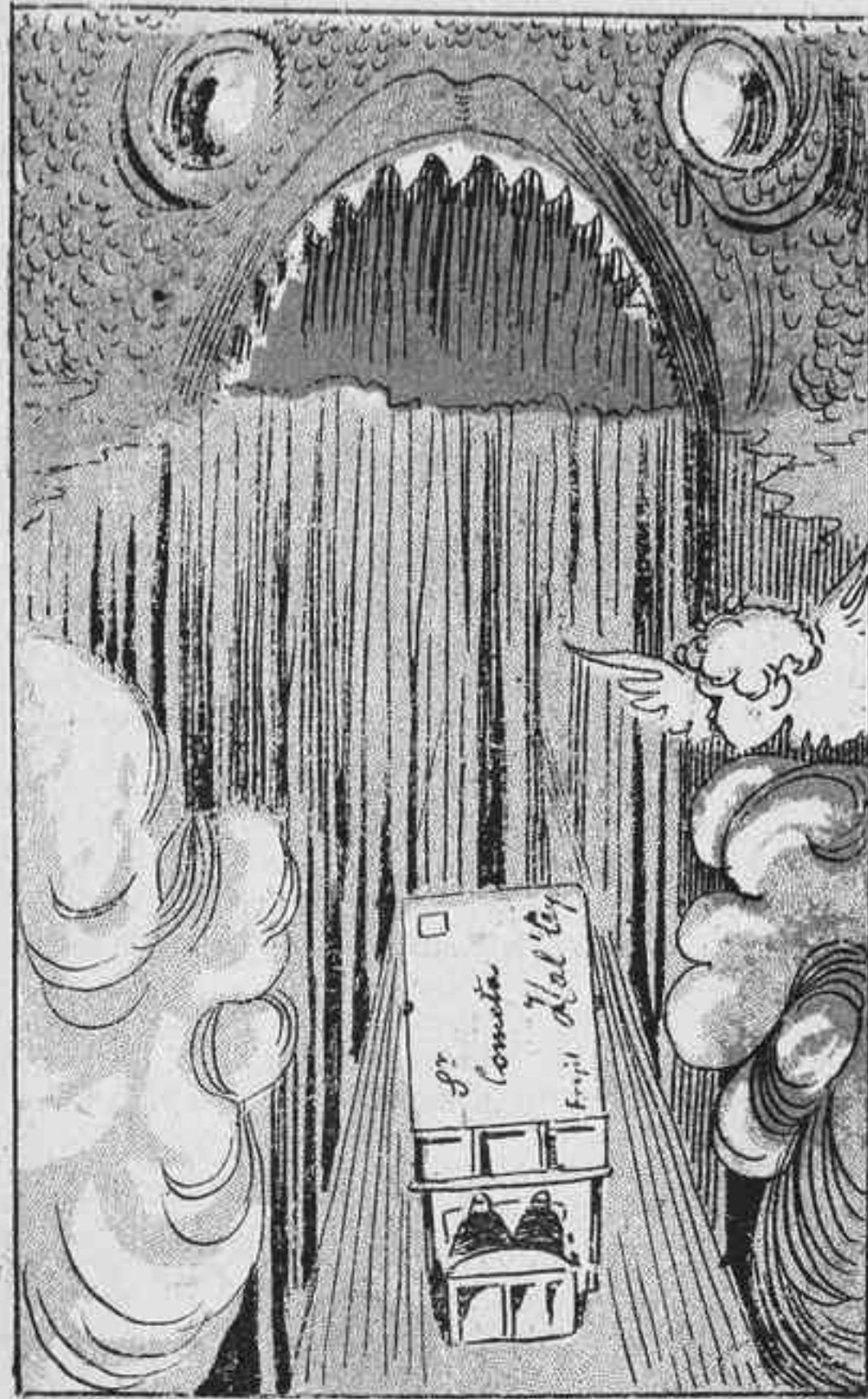
Ni me ganaste á querer
ni me ganaste á olvidar,
ni en nada que me proponga
me vas á poder ganar.



Un viaje al cometa Halley, con todas las de la ley

por González Pastor y Karikato

(Continuación)



Con rápida carrera, con pertinaz empeño, surca el aire la audaz chocolatera cual lo surcara el propio Clavileño. Desde la Luna el aeroplano sube haciendo un *tout de force* extraordinario; cruzamos mil estrellas, una nube, saludamos muy finos á un querube y llegamos al pórtico de Acuario.



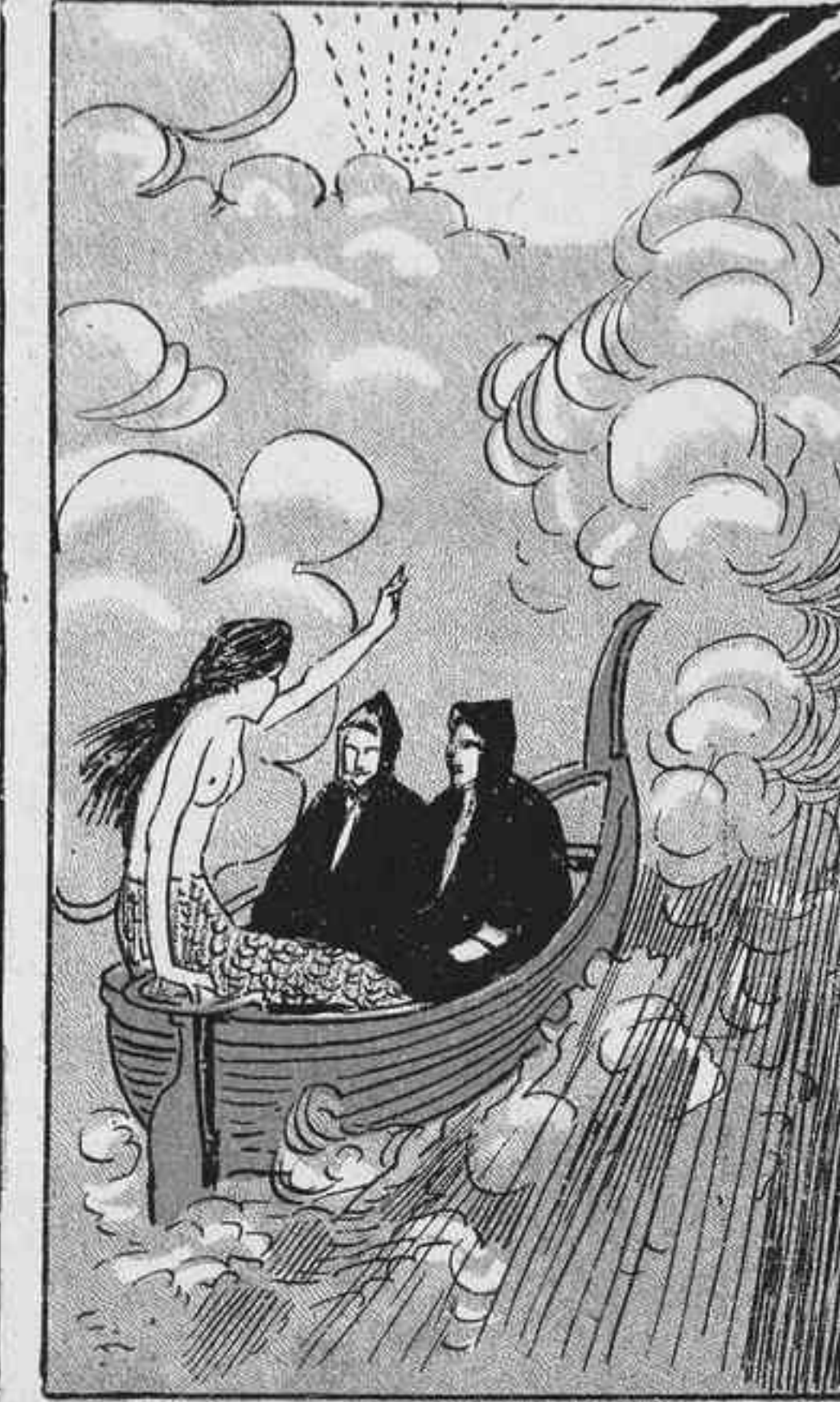
¡Oh! signo zodiacal, húmedo y frío, ni me engañan tus fauces, ni confío en tu insulsa altivez; por más que te des lustre, signo mío, todo el mundo en tu seno se halla pez.



Y aunque es Acuario un signo despreciable y nada guarda en él de extraordinario, nos calamos el rico impermeable y hacemos nuestra entrada por Acuario. ¡Rediez y cuánta gente conocida!... ¡Qué de genios, lumbreras, y hasta llamas! ¡Vimos allí, nadando de por vida, desde Miquis, sardina envejecida, á Parmeno, besugo sin escamas!



Gentil ondina nos briadó tñá barca, y, como en aceptar yo no soy parco, acepté un buen paseo por la charca que, á juzgar por los peces, es un charco. —¿Existe mucho pez en el planeta? —¡Oh, ya lo creo; mucho! —¿Y no hay por aquí cerca algún cometa?



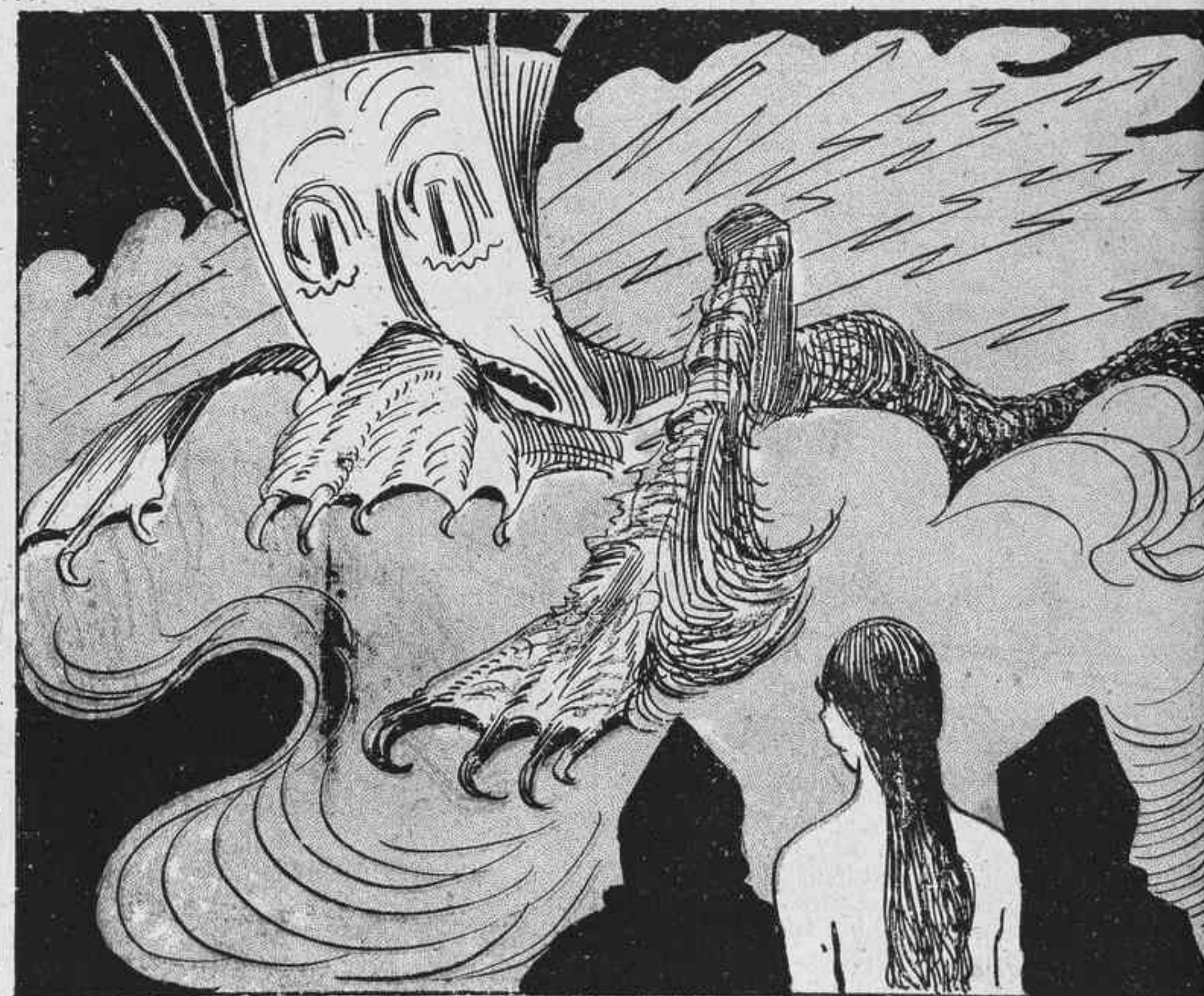
Y la ondina, indiscreta: —Hay uno—dijo—pero ful. —¿Qué escucho? —También en las acuáticas regiones suele haber, ¡justo Dios!, suplantaciones? —¿No ves—dijo la ondina—á mano izquierda un astro que es así como un querube circundado de etérea aureola?



—¿Aquél que está montado en una nube y haciendo filigranas con la cola? —El mismo. —¿Y quién es él? —Algún gandul. —Pues vámonos hacia el cometa ful.



Es el tal de una forma tan extraña que renuncio, lector, á describirle; mejor te invito á oírle á riesgo de que cuente una patrañala... —¿Es usted algún dios, ó algún planeta, ó algún gobernador de nuevo cuño? Y el amigo, enseñándonos un puño nos dijo en recia voz: ¡¡Soy el cometa!!

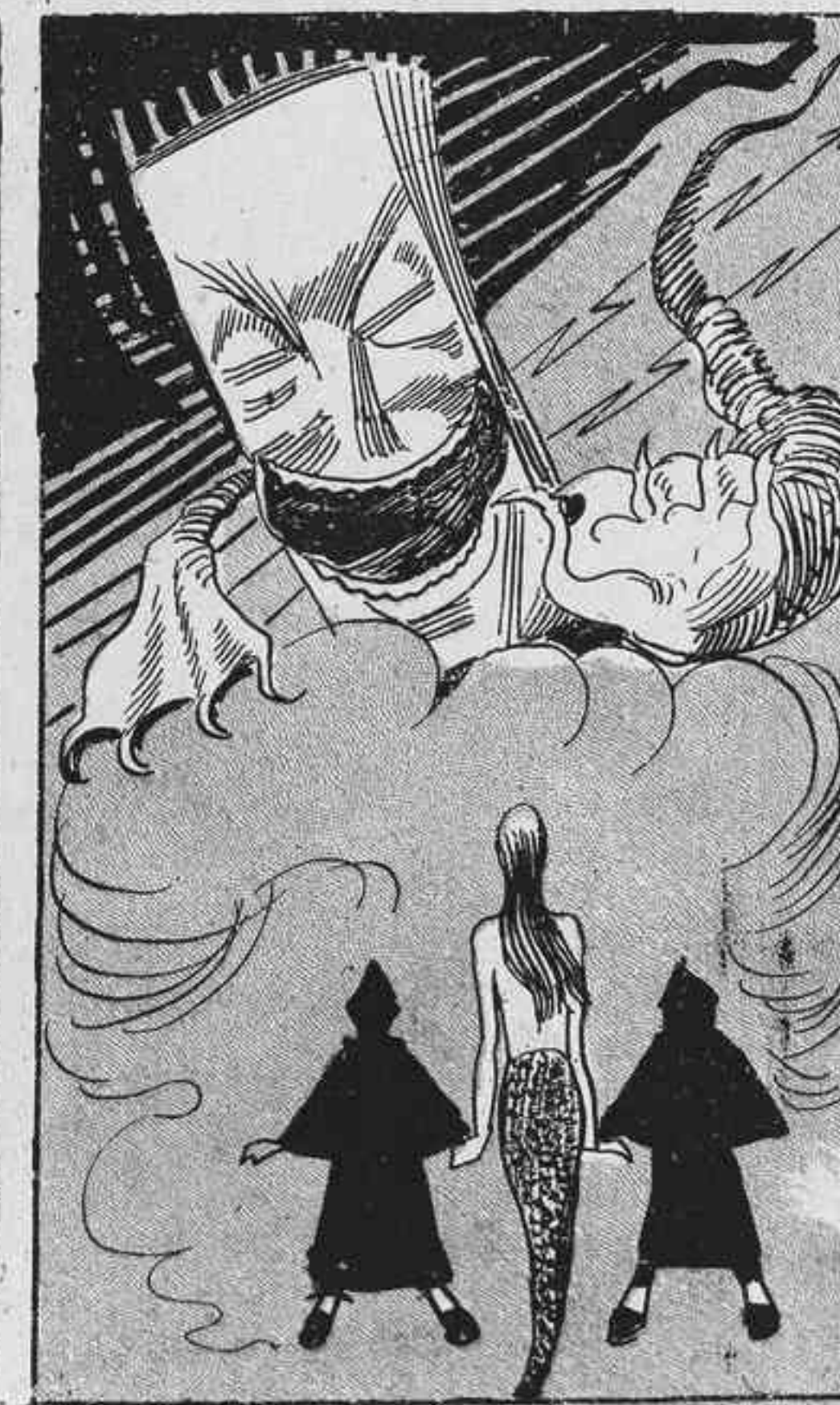


—¿Quién?... ¿Hal'ley? —Si señor. —Usted es un vivo que pretende colarnos una trola; ¡tiene usted, infeliz, muy poca trola para ser un cometa de recibo!

Nos miró omnipotente y se dignó decir con voz extraña: —Yo soy algo que espera mucha gente, sobre todo en España.



Por mí alzan los periódicos mil quejas y arman acaloradas discusiones, por mí anda de cabeza Canalejas y Merino y Cobián y Romanones. Yo soy la panacea, el amuleto que ha de salvar al pobre Don Pepito...



—¡Basta—interrumpo—usted es el decreto de la disolución! —Servidorito. (Ya estás, caro lector, en el secreto de que aún está en las nubes el decreto).



Y una vez convencidos de que el decreto-cometa trae cola saludamos, rendidos, á la ondina de rostro de amapola y estamos decididos á arrojarlos de Acuario en lo profundo, pues, lectores queridos, que haya dos peces más, ¿qué importa al mundo?



CUESTIÓN DE GUSTOS

Por la senda laberíntica de los bosques que verdean
y entre miles de gorjeos de las aves de colores,
va el poeta modernista recogiendo los matices
con que adorna el astro Febo las corolas de las flores.

Al pie de adornada reja
de claveles y jazmines,
lanza el trovador su queja,
y escuchan su canción vieja
las flores de los jardines.

Van aquéllos con los rayos amarillos que flamean
y el polvillo rutilante que el sol vierte allá en su ocaso,
pues tejiendo las guirnaldas favoritas de oro sucio
que entrelazan con las flores que se encuentran á su paso.

Los antiguos trovadores
sólo una rosa galana
tiraban á la ventana
del amor de sus amores.

Jeroglíficas canciones al encanto de una bella
erizadas de pirámides con sus tropos y figuras

hacen ver en pedestales de granito recargados
las sencillas cuanto hermosas y brillantes esculturas.

Es mi bella tan hermosa
y porque la quiero, canto;
tiene el color de la rosa
y ese es su mayor encanto.

Al dios de las flechas ebúrneo Cupido,
caudillo de dioses de amor en las lides,
le canto pulsando las cuerdas canoras
de liras gigantes de Orfeo y Alcides

Cantando al amor yo vengo,
cantando vengo al amor,
yo no sé si razón tengo,
pero canta el trovador.

Resumen de lo cantado
y lo que está por cantar;
me quedo con lo pasado,
que aunque resulte anticuado
á mi me gusta... ¡la mar!

Miguel DE PALACIOS

RECORRIENDO LAS ESTACIONES

¡Qué animadísima ha estado la acera de las Calatravas el
Jueves y Viernes Santo! Esos días son de verdadera fiesta para
las chicas que están en estado de merecer; porque los jóvenes
calaveras enloquecen, y prescindiendo de la santidad de la época
dirigen chicoleos á sus prometidas, y ellas á su vez, olvidándose
de la gravedad de las circunstancias, devuelven con una sonri-
sita coquetona aquellos piropos llenos de pasión.

Cuando el novio cuenta con la amistad de los papás, se hace
el encontradizo, saluda afectuosamente á su futura familia y ya
no hay quien le separe de su lado en toda la tarde.

—¡Qué casualidad, ustedes por aquí!—dice el novio á sus fu-
tueros suegros.

—Tenemos costumbre—contesta la mamá—de pasear por
esta acera todos los años después de haber cumplido con nues-
tra Santa Madre Iglesia, y eso que á éste le ha hecho daño el
almuerzo.

—Nosotros, como buenos madrileños, nos gusta seguir la tra-
dición—agrega el esposo aludido.

—¿De modo que le ha hecho á usted daño el almuerzo?—pre-
gunta el novio, por decir algo.

—Sí, señor; á mi las espinacas me sientan como una descarga
cerrada, y lo mismo es comerlas que me empiezan á sonar las tri-
pas como si llevara dentro un barítono de zarzuela. Bueno; he de
advertir á usted que desde que me tragué un botón de calzon-
cillo, creyendo que era una pastilla de clorato, tengo el estó-
mago completamente destrozado, y todo lo que como se me
vuelve engrudo.

—Porque éste es muy bruto, ¿usted me comprende?—replica
la esposa—, y no quiere ponerse en cura. Nuestra lavandera,
que se crió con una gitana, le ha dicho que se aplique una ca-
taplasma de ajos fritos con pan rallado y perejil en el estómago
al acostarse, y encima un papel de estraza con cinco reales en

perros chicos; pero dice que esos son brujerías. Ya ve usted si es
tonto este hombre, cuando esa misma receta se la ha aplicado
Rodríguez Sampedro, y se curó en cinco días de una indigestión
que tuvo una noche que comió en Palacio; pero nada, no hay
quien le convenza.

—Mira, Filemona, este no es sitio de discutir. Demasiado sa-
bes que me estoy curando por la homeopatía. Y, sobre todo, lo
que á mi me conviene es no irritarme y tú mi irritas.

—¡Que yo te irrito!—dice la esposa ofendida.

—Si, tú—agrega el esposo.

—Mire usted, Crescencio, va usted á darme la razón—replica
ella cogiendo al novio por un brazo y metiéndole la nariz por
un oído—. Éste es un hombre que se irrita por todo. ¿Por qué
creerá usted que se ha puesto como una furia esta mañana?
Pues porque se encontró en la sopera en que traían el potaje dos
dientes postizos de mi mamá que, sin duda, se le cayeron dis-
traidamente, porque le están un poco grandes. ¡Ya ve usted qué
motivo tan grande para ponerse así!

El marido no se puede contener, y cogiendo al novio por el
otro brazo le dice furioso:

—Si, señor. Me encontré los dos dientes postizos de mi suegra
en la sopera del potaje, y eso es una porquería.

—¡Ah!, ¿pero te da asco mi madre?

—Si, me repugna los objetos portátiles que usa.

La chica sufre al ver á sus papás regañando en medio de la
calle, y dice al novio en voz muy queda:

—Tú no sabes lo que sufro, Crescencio mío. Sácame pronto de
esta vida.

Los papás siguen discutiendo y Crescencio dice para sí:

—Valiente familia. ¡Mire usted que no respetar siquiera la
Semana Santa!

Los demás transeuntes se enteran de la reyerta, y un joven



de esos que van con varios amigos y es el gracioso de la pandilla, se permite decirle: «Haya paz en el matrimonio».

Entonces Crescencio busca un pretexto para marcharse, dejando a los esposos y a la pobre joven embargados por el estupor.

—¿Véis?— dice la infeliz niña, enjugándose una lágrima con el guante. ¿Véis lo que conseguís? Ya se ha marchado Crescen-

cio, porque es muy decente y no le gusta llamar la atención.

El marido se hace cargo de la cosa, y sin poderse contener le da un golpe a su señora en un vacío con el puño cerrado.

La esposa entonces quiere morderle en un hombro... y así es como santifica la muerte y pasión de Nuestro Señor Jesucristo este matrimonio cristiano.

Emilio TABOADA.

ZOCO LITERARIO

«La Virgen desnuda», novela de José María Carretero.

En ella se abusa un tanto del léxico hoy imperante: se vive la vida; hay pensares; se azufran cirios, rostros y labios como pipas en que ha de echarse vino; se musitan tremuleces; hay olas y triunfos de multitud de cosas, y se besuquea en casi todas las páginas; se evapora el espíritu regidor de un cuerpo dejando el vacío; hay carcajadas de encajes, etc., etc.

Como Zayas, y algunos más, el Sr. Carretero llama *seno* a lo que no es. *Senos* encierra la idea de concavidad, y ni por extensión debe llamarse *senos* a las dos glándulas convexas que motivan el seno, como no debe llamarse *intercolumnios* a las dos columnas que motivan el intercolumnio.

La escena del Vizconde y de Alicia, en el estudio de éste, es muy apropiada para dramas sociales como «La honrada alpargata», «Pan con sangre» y demás diviosos salidos a «Juan José» en el teatro de Novedades; allí el público se traga el tratamiento de *vos* entre un Vizconde y un pintor en el siglo actual.

Hay un ruido de engranajes al partir el tren. ¿Dónde están esos engranajes en los trenes?

Esto, en cuanto a la forma, que es bien poco.

En cuanto al asunto, Priapo y Venus Afrodísia triunfan en olas de ventureces prostáticas y Felipetriguecas.

Se trata de un estimulante en competencia con las pastillas de menta. Por ello, Zamacois, en su prólogo, llama *benemérito* al autor. ¿Será porque con la lectura de esas lubricidades se fomenta la venta de específicos reconstituyentes?

Guarda el autor un ejemplar de esa novela, y si llega a tener hijos, ¿a que no permite que la lean?

Entonces comprenderá que las filosofías del prologante, defendiendo ese género, son equilibrios sobre la cuerda floja.

Eso no quita el que yo reconozca algún mérito literario en esta novela; por eso me atrevo a aconsejar al Sr. Carretero que se deje de Trigos y busque ambientes menos mefíticos.

«Orquídea», novela de Germán Gómez de la Mata.

El *desgrane*, el *triunfo*, los *lúvidos paisajes otoñales* y las *evocaciones de un poeta inglés*, son las cuatro paredes del calabozo donde se aprisiona el autor al escribir el libro; el techo de la prisión es de *ingrónimo*, enlucido con *vesperal*; el pavimento, empedrado de *reconditeces*, *livideces*, *exquisiteces* y demás *eces*.

Visto: se trata de un desfacedor de antiguas rutinas, aprisionado, esclavizado por los rutinas frescas.

Desgranar las risas. Desgrane de risas de aflautadas notas. Desgranando una gama musical. Se desgranaba el astro moribundo... etc., etc.

Ya no destapamos una botella, la desgranamos; nos desgranamos el sombrero, cuando nos descubrimos; *desgranar* es el verbo que puede suplir a todos los demás, por lo visto.

Pues, ¿y el *triunfo*? *Mariposeó triunfador. Animalidad triunfante. Triunfo de belleza. Nimbo triunfal. Triunfaban en frenesí de alburas. Triunfaba en su recuerdo. Triunfo jocundo...* ¡Triunfaban los demonios encendidos!

El asunto también es libidinoso; también fomenta la venta

de Somatosa y similares. Y es de sentir, pues el autor demuestra fluidez y facilidad de escribir, pero con el *triunfo* y el *desgrane* montados en las narices.

Por último, aunque sea una minucia, fijese en que *zarco* es azul y no verde esmeralda.

«¿Medioeval?», de Juan Fernández Hernández.

*Chocaron los ejércitos, cual chocan
dos ardientes planetas en los aires.
Según, de Astronomía, los tratados,
los planetas son soles enfriados;
ardientes son los soles y cometas
y no hay que confundirlos con planetas.
Huye el contrario por el triste valle
y rueda por la falda.*

Al revés, resultaría mejor: rueda por la falda y huye por el valle. Como está, parece que desde el valle rueda por la falda; hacia arriba, naturalmente.

Aire de «Semiful», de Waterdolt, de El Divino.

*En Occidente húndese
el sol crepuscular
—No siendo crepuscúlico,
¿hundiérase? —Jamás.
A algunos sudaméricos
les da por desbarrar
y, lo que escriben, léese
haciendo ¡ja, ja, ja!*

CORO.

Toma la copa de Chinchón,
cuatro chorizos y un jamón,
luego vendrá la Encarnación
con melón.

Fragmento, también de El Divino.

*El viejo tiempo todo roe.
¿El viejo tiempo? Dice Broeh
que el tiempo roe;
y lo de viejo
está de más, según Morejo.
No escribáis nunca de tal guisa.
¡Oh, jóvenes Eutrene, Trejo
y Zapalisa!*

Cuando al Divino le hace falta un consonante en *it*, agarra por el moño a la hermosa Judit y me la clava al final del verso; si le hace falta un *ac*, agarra por los pelos una fuga de Bac ó a Isaac por las barbas.

Y luego nos pitorreamos de Carulla porque echa mano de Colsa, Elarrio y Berriatúa para aconsonantar con bolsa, barrio y gargantúa.

«Casandra», churros y recuelo.

Para el domingo de Pascua, un diario anunció el estreno de *Casandra* y la celebración de un mitin republicano en el teatro Calderón de Valladolid; primero, el mitin; después, *Casandra*, por la Compañía Cobeña Oliver.

Ese es el arte de Talía
y lo demás es tontería.

Enrique DE OCÓN.



MARIA PALOU

NINFAS Y SÁTيروس, por Tovar



- ¿Qué te ha dicho?
—Que es muy rico y que me quitará de modista.
—Delirios de grandeza. ¡Qué te va a quitar ese viejo!



A mi querido amigo Napoleón Valero.

Os contaré un suceso que cierto día ocurrió en el expreso de Andalucía; que no es raro que ocurra en los viajes lances que se recuerdan con alegría. Este suceso tiene tres personajes:

Un pollito, elegante como un gomoso, una señora joven, bastante guapa, y un pianista, tenido como un coloso, para quien el piano bajo su tapa no guardaba *secretos*: un virtuoso.

Fué el comienzo del viaje muy aburrido, nadie turbó la calma por un momento ni por nadie el silencio fué interrumpido, pues cada personaje de nuestro cuento era para los otros desconocido.

Ocupó cada quisque su ventanilla, quedaron en silencio todos los coches, sobre la luz pusieron la cortinilla, y, sin darse siquiera las buenas noches, los tres dormir pensaron hasta Sevilla.

Con movimientos ritmicos el tren marchaba atravesando túneles, salvando cerros, cruzando por los valles que atrás dejaba...

Pasó la noche entera, ya clareaba cuando dejó de verse Despeñaperros.

Así que fué más clara la luz del día, entró el sol, y en el coche nadie dormía. Abrió el pianista el cofre con gran cuidado y de él sacó una cosa que era un teclado; y si no era un teclado, lo parecía.



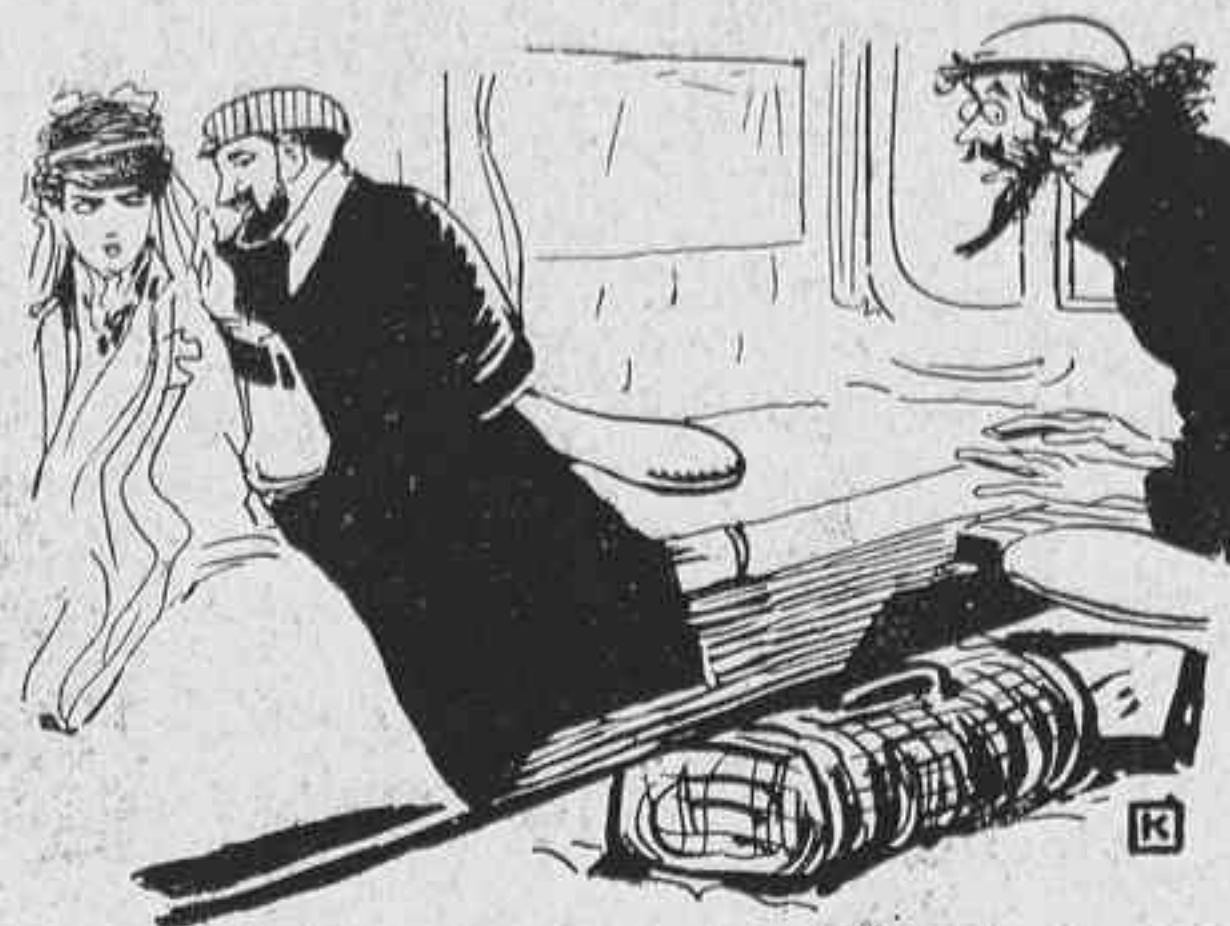
Volvió á sentarse el hombre tranquilamente, siempre á sus compañeros indiferente; y, poniendo aquel chisme sobre el asiento, el notable pianista de nuestro cuento empezó á hacer escalas rápidamente.

Al verle con las teclas entusiasmado; al contemplar su rostro transfigurado cual si el piano sonara muy melodioso, cada vez con el caso más intrigado, al cabo aquel silencio rompió el gomoso.

—«Va usted á perdonarme mi atrevimiento si le hago esta pregunta; pero reviento si mi asombro y mi duda no satisface; tocando de ese modo, ¿qué diablos hace si no saca sonidos del instrumento?»

—«No me extraña su duda — dijo el artista — yo viajo contratado como pianista, para dar un concierto de beneficio voy aquí *haciendo dedos*, y el ejercicio tiene vivas mis dotes de concertista.»

Con la respuesta el pollo quedó intrigado, y, después de un momento, se puso al lado de aquella hermosa joven de ojos ardientes, y le dijo al oído frases vehementes, que su rostro pusieron muy encarnado.



Ya su flexible talle logró ver preso, sobre su boca fresca dió un fuerte beso, ya las manos del pollo no estaban quietas... y el pianista y la joven, viendo estas tretas, exclamaron con rabia: «¡Joven! ¿Qué es eso?»

— «Yo no sé, caballero, por qué se apura, ni sé por qué, señora, se maravilla —, dijo serenamente la criatura —. Yo, nada les he dicho, voy á Sevilla á casarme mañana con mi futura.

No partan de ligero para juzgarme. Ustedes, que son listos por lo que advierto, verán que no hay motivo para acusarme. ¿Usted va *haciendo dedos* para un concierto? ¡Yo voy *haciendo pruebas* para casarme!»

Antonio LÓPEZ MONIS.

(Dibujos de Karikato.)



(CUENTO QUE PARECE HISTORIA.)



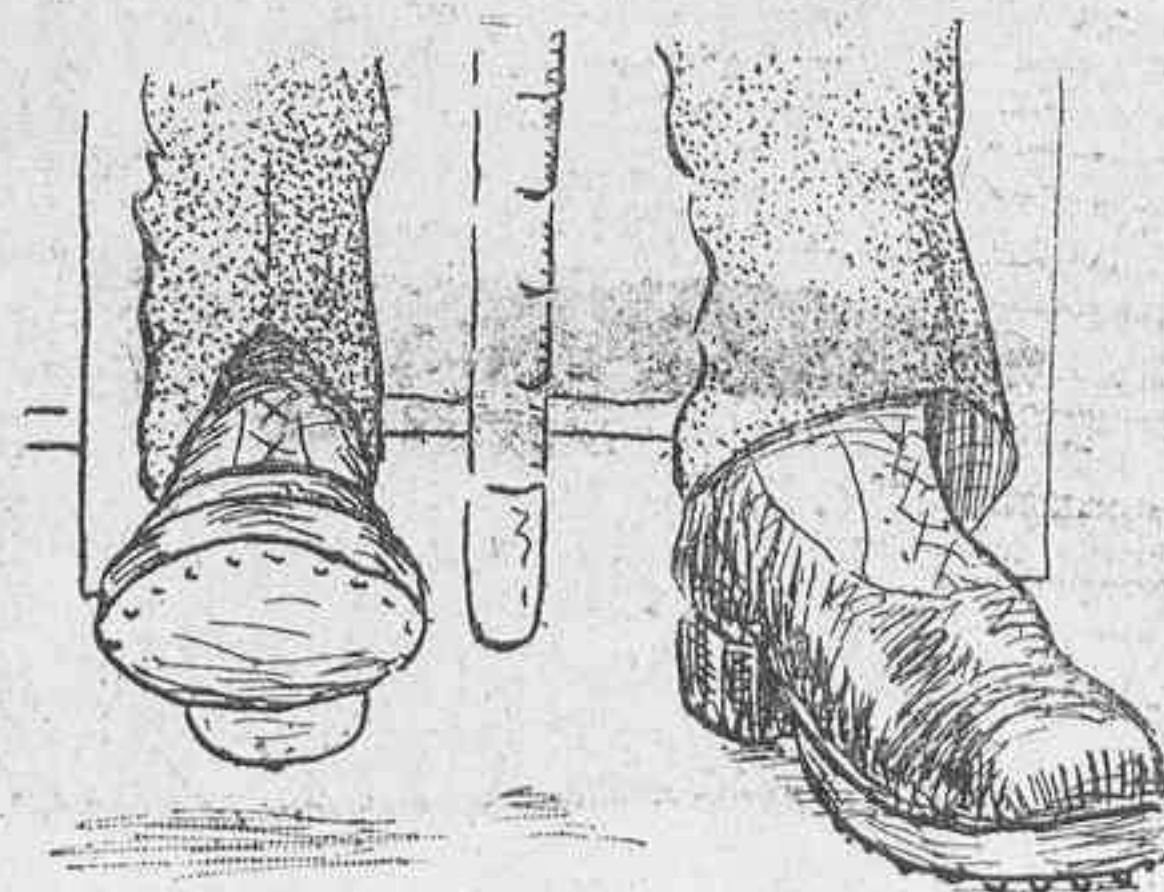
El pobrecito Gómez Pistache era el autor más desgraciado de su tiempo. Obra que estrenaba, pateo seguro. ¡Y qué pateos, cielo santo! Es fama que los acomodadores del teatro donde se «perpetraba» un estreno suyo, tenían que recorrer después de la función el patio de butacas, los palcos y las galerías, para ir echando en una espuerta los tacones y las medias suelas que quedaban abandonados en el lugar de la catástrofe.

Un respetable crítico llegó á aconsejar á las autoridades que tomaran cartas en el asunto, obligando al público á presenciar descalzo los estrenos de Gómez Pistache. Pero, como ofreciera ciertas dificultades higiénicas, y de las otras, la adopción de esta salomónica medida, recomendó otro periodista el uso de los chanclos de goma para emitir el juicio en tan solemnes noches.

Y á todo esto, el valeroso Gómez Pistache sin darse por vencido. ¡Pues no faltaba más! Aquellos des-

afueros eran producto de la envidia. ¡Si, señor! Intriguillas de bastidores. Los autores de gran circulación no podían verle ni en pintura. ¡Está claro! Como que las obras de él se traían orientaciones nuevas; rompían moldes; eran otros tantos jalones de una escuela novísima...

Y, con estas consideraciones que á sí mismo se hacia, el heroico autor lograba quedarse tan tranquilo.



—Tengo que hacerte una revelación—dijo á Gómez Pistache un su amigo, al siguiente día de uno de sus estrenos memorables—. Ya sé quién te echa abajo las obras.

—¿Quién, hombre? Dime, quién—preguntó ávidamente el autor sin ventura, y no teniendo en cuenta para nada la merecida fama de guasón que gozaba el amigo.

—No lo acertarías en tres años. El causante de todos tus fracasos es... ¡asómbrate!... ¡¡el gremio de vinateros de esta villa y corte!!

—¡¡.....!!

—Lo que oyes. Y no es broma. Lo sé de buena tinta; mejor dicho, de buen tinto, porque lo acabo de escuchar entre dos «quince» en una tasca que frecuento. Lo que ignoro es qué le has hecho tú á tan honrado gremio para haberte tomado esa mania.

—¿Yo?... ¡Pero si no conozco á ningún vinatero!... ¡Si ni siquiera pruebo el vino!...

—No digas más; puede que sea por eso. En fin, lo cierto es que te ha jurado un odio africano el honorable gremio, y que, mientras quede un vinatero en Madrid, no cantarás victoria.

El teatro Universal estaba animadísimo. Según frase feliz de un abonado, «presentaba el aspecto de las grandes solemnidades». ¡Y cómo no, si se estrenaba aquella noche una obra completamente original del denodado autor Gómez Pistache! El pablito que invadía la Plaza de Toros cuando lidiaban Miuras, no podía faltar á un estreno de semejante firma.

Allende el telón, el esforzado Gómez Pistache dictaba «sus últimas disposiciones», según decía humorísticamente un autor de la casa.

«Esa butaca no la quiero ahí.» «La jaula, sobre la cómoda.» «¡Fuera ese botijo, que es una porquería!...»

De pronto, su amigo, aquel terrible amigo que le hiciera saber un día la calidad de sus verdugos, y que á la sazón curioseaba por un agujero del telón de boca, volvióse despavorido.

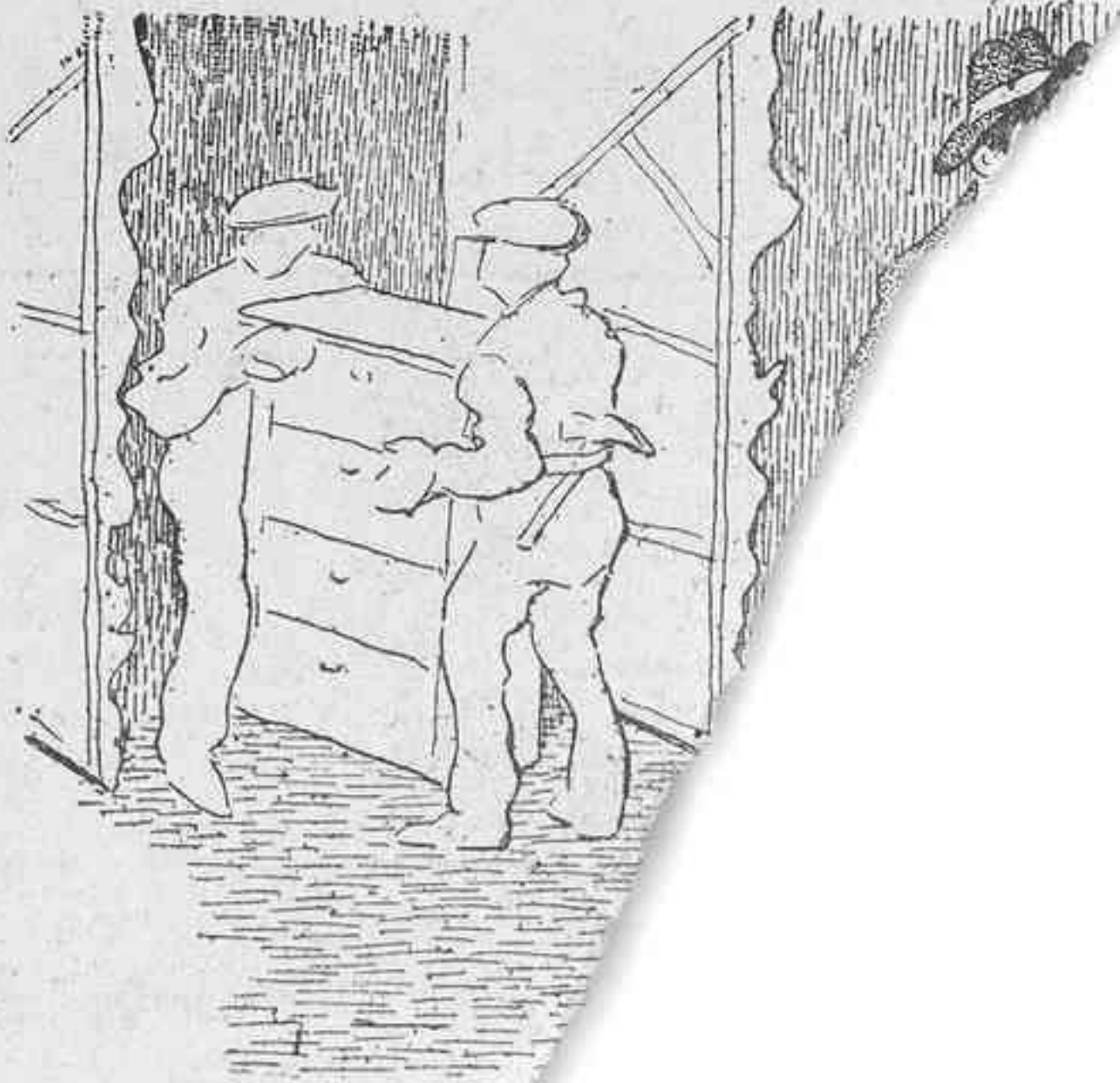
—¡Tú, *ché*, que están ahí!

—¿Quiénes?—preguntó distraidamente el autor «en capilla».

—¡Los de siempre! ¡Los vinateros! ¡Ya estás *apañao*!...

Gómez Pistache, anhelante y pálido, puso un ojo en el gón de la cortina, y dijo al cabo de algún tiempo, con la ingenuidad:

—Pues, chico; yo no veo ninguno.



—¡Claro! ¡Como como yo, de bodega amigo, después de gordo que está en l pares, hacia el ce

—...Sí. ¿Quién

—Juan, *El C*

pero no te fies de brequito sin ning

—¡Qué bestia

—Y aquel c

mer entresuelo

menos que el

—¡Si parec

—¡Si, si!

—¡Pero e

—Y mira

buenas carn

—Aguar

—Una ta

—¡Tamb

—Tambi

todo el gre

En esto

traerán est

—¡Hasta el empresario está en el secreto!—exclamó el infeliz.

¡Señores, qué fué aquello! El sitio de Troya, comparado con el estremo de marras, había sido un juego de manos. Con decir que la obra se dió por terminada en la segunda escena, cuando los artistas se disponían ya á «formar el cuadro»...

Y que esta vez no fueron tacones y medias suelas lo único recolectado por los acomodadores. Es fama que en el patio de butacas levantaron éstos los cadáveres de varios calcetines. ¡Un horror!!

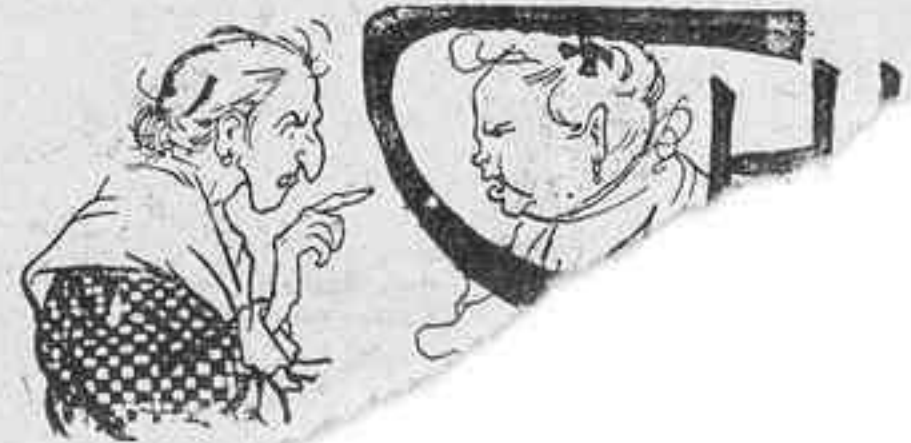
Con la barbilla incrustada en el pecho, las manos á la espalda y el sombrero en el colodrillo, encontréme hace algunos días al infeliz Gómez Pistache.

—¡Pero, hombre!, ¿qué es de usted?—le dije con toda la efusión de que dispongo.—¿Cuándo estrena usted algo?

—¡Estrenar!—respondió con amarga sonrisa.—¿No ve usted que no me dejan?, ¿que han jurado mi ruina esos canallas? No tengo otro recurso que pegarme un tiro. Pero, ¡ah!—continuó, sombrío—, por las sagradas cenizas de mis obras, que no me voy solo al otro mundo. ¡Delante irá algún vinatero!...

Ramón LÓPEZ-MONTAÑA

(Dibujos del mismo).



ANUNCIOS... Y RIPIOS, por Almoguera



o rico,

De la propia Babilonia
ha venido esta mujer
cantando las excelencias
de los muebles de *Thonet*.

Thonet, hermanos.

Plaza del Angel, 10.

